

DOS AÑOS DE VIDA

Entra EL HOMBRE, en su año tercero de vida. Ciento seis semanas, sin interrupción alguna, sin fallar una sola, indica la tesonera voluntad de sus sostenedores.

Como decíamos cuando vió la luz su primer número, procuraremos seguir adelante, roturando la tierra y abriendo el surco, preparando el terreno para que germine sin obstáculo de ningún género la buena semilla.

A todas las publicaciones de ideas vaya el saludo de EL HOMBRE, en la iniciación de su tercera etapa anual.

La alegría de la venganza

El alma de los pueblos aliados, brinca gozosa ante la perspectiva óptima que toman los acontecimientos bélicos y la posibilidad de la victoria completa obtenida con la espada.

Los pueblos que proclamaban hasta ayer la guerra a muerte contra el imperialismo, y enunciaban las ideas de una paz democrática, solo abren sus labios hoy para dar paso a palabras de odio y proclamar en voz alta sus anhelos de venganza.

Un hálito de pasión flota sobre los campos y las ciudades, invade los espíritus, enturbia las ideas y perturba la razón de los sensatos, convirtiendo el final de esta guerra en un acto tan injusto como su principio.

Los mismos hombres que hasta ayer combatieron toda idea y propósito de conquista, nos hablan hoy de ella, como de una necesidad reparadora y por sanción justiciera.

Los argumentos que se han sustentado en buena lógica y que institúan como principio básico de la paz el olvido de recíprocos atentados y abandono de las represalias, a fin de que no perduraran sedimentos de odio entre los pueblos, han sido reemplazados por ideas belicosas que apuran la venganza hasta la ley de talión: «ojo por ojo y diente por diente».

¿Y piensa así, curarse la humanidad de sus heridas?

¿Caminan de tal modo los pueblos hacia una mejor organización y alcanzan los valores de un pacifismo efectivo?

Creemos que no.

No son los argumentos de guerra los que debieran pesar ahora sobre el mundo; sino la serena palabra de sus enemigos, los pacifistas, que hasta ahora han estado hundidos en la cárcel por su entereza de alma y amor a la vida de los hombres.

No esperábamos que los socialistas de todo el mundo nos hablasen de conformidad con la palabra proveniente del Sinaí wilsoniano; sino, que pensábamos oír la palabra que alienta y levanta los nobles corazones que anhelan la paz y la libertad, y que es condenación de los

gobiernos directamente mezclados en el origen y desarrollo de la contienda bélica.

Confesamos la desilusión que sentimos en esta hora, cuando vemos como saltan uno a uno los resortes del mecanismo militarista de Alemania, sin que en los pueblos aliados surja vibrante una voz de justicia que también ponga límite a las ambiciones imperialistas que renacen al calor de la victoria.

Alemania y Austria, ya en pleno ocaso de su poderío brutal, abren las puertas de la prisión a los principales hombres que han defendido la paz de los pueblos; en tanto, Francia, Inglaterra y muy especialmente la América del Norte, no amainan en su obra terrorista de eliminar del mundo a los partidarios de la paz, a los hombres de justicia, a los que tienen ideas de libertad y proclaman su amor a la vida de los hombres.

El proletariado inglés, que tantas esperanzas había hecho fundar en su acción reguladora y fiscalizadora en la hora decisiva, también se siente influido por la perspectiva del triunfo y asiste a cuanto proviene de los ámbitos del poder.

Caemos pues, de nuevo, en el círculo de la violencia internacional. Un grupo de naciones impondrá la esclavitud al otro grupo que fué vencido, dejando clavada la espina de la injusticia en el corazón del mundo, y continuándose así la tradición de las revanchas y de los afortunados desquites.

No; eso no debe ser. Es hora de que se llegue a la paz, pero a la paz de los pueblos.

Deben hablar los hombres de la paz y no los de la guerra. En los hombres de la guerra, canta el odio su canción, la pasión triunfa; el pensamiento claro, limpio y sereno, no existe.

En el hombre de guerra, vive en esta hora el sér primario y salvaje que no sabe de derecho ni de justicia, sino de venganza implacable y de fuerza bruta.

En Alemania, ya hay felizmente, quienes pueden hablar con serenidad: Nicolai, Rosa Luxemburgo y Liebnich; pero en Francia, Inglaterra, Italia y América del Norte, los pacifistas, que por suerte aún no han sido asesinados por los sicarios, no pueden hablar sino desde el fondo de la mazmorra, y los pueblos, no los oyen, no pueden ni quieren oírlos...

Un imperialismo corre a su ruina, llega a su ocaso total; pero en tanto otro se levanta con la victoria, como una eterna fatalidad.

¿Dónde está pues, el remedio salvador?...

El remedio no aparece; el remedio sería la deposición de los gobiernos, y los gobiernos de la entente, están consolidándose cada vez más ante el derrumbe de sus enemigos.

Hay que volver pues, los ojos al hombre. De hoy en adelante, es preciso trabajar con celo e inteligencia en la obra personalista, en la obra de autogobierno. Es preciso romper el molde social cualquiera

que el sea, destruir toda disciplina e instaurar al hombre en un terreno de potencia libre, considerándolo como una entidad consciente. Solamente en la libertad del hombre está la garantía de su progreso, y con él, el progreso del mundo.

Pro Mooney

La campaña contra la muerte de Mooney, aunque no provechosa, es necesaria. Combatir la pena de muerte y, si tuera posible, boycotear a las naciones que aún la mantienen en sus códigos bárbaros, sería mejor.

Norte América, es un país de barbarie, no obstante su admirable progreso material.

Es la nación de las tropelías legales contra el derecho y, donde los valores humanos son mayormente negados.

Un hombre que se manifieste con opinión distinta a las mayorías, corre un peligro real, tanto en el sentido legal como Mooney, al que pretenden ahorcar, como ilegal según el sistema de Linch.

Libertad de opinión, no existe en aquella democracia, montada como un aparato de relojería.

Si los trabajadores de todo el mundo, después de la guerra, no consolidan su organización y la fundamentan en un concepto menos mecánico y más ideal de la vida, muchos hombres libres como Mooney, caerán, víctimas por su rebeldía a la injusticia y por la defensa de su dignidad.

Desde lejos como estamos del Norte, muy poco podemos hacer por Mooney; cuando más, solamente realizar protestas platónicas, de las cuales se rien los gobernantes de aquí y de allá.

Pero algo hay que hacer no obstante, como recurso de agitación y pretexto de movilidad.

Comentario de actualidad

GOBIERNOS Y PUEBLOS

No creemos en la virtud de los hombres de gobierno. No hemos tenido fé en ellos, nunca.

El Kaiser, gobernante por derecho divino, no es peor que Wilson, gobernante por voluntad del pueblo.

Los hombres de gobierno, están cortados por un mismo patrón; responden más o menos a un mismo fin: el despotismo.

No hay gobernantes peores ni mejores, observados en un sentido moral; hay hombres de espíritu autoritario que hacen lo imposible por mantenerse a flote sobre los pueblos, aunque con ello hundan a estos y los arrastren a un cataclismo.

Wilson, exige a sus gobernados que elijan como representantes parlamentarios a sus amigos del partido demócrata, sancionando eloquentemente su política guerrillista. En tanto el Kaiser, afirma que no puede abandonar a su pueblo en esta hora suprema, y aunque el pueblo no le pide que se quede, él

hace todo lo posible por apuntalar su prestigio y hasta se conforma con quedar siquiera como una especie de presidente de la república vitalicio.

Por encima pues, de los intereses nacionales, ponen siempre los gobernantes sus intereses personales; tanto en tiempos de guerra como de paz.

Decir gobernantes, es decir delincuentes en el mayor grado, factores como son de las desgracias más grandes que pueden padecer los pueblos.

Causantes de esta guerra en primer término, han sido los gobernantes. No se discute el hecho, ni merece duda.

La facultad que tenía hasta ahora un solo hombre sobre ochenta millones, Guillermo, de declarar la guerra o concertar la paz, era una facultad monstruosa; pero el poder que se abrogan los mandatarios aliados para continuar la guerra hasta el fin, iniciando una política de represalias y de conquista, no es menos delincuente.

No creemos en los gobiernos y tampoco nos fiamos de los pueblos. Si aquellos son tiranos, estos, mirados en una ojeada de conjunto, no son mejores. Si el Kaiser, cae de su alto sitio, no es en virtud de la voluntad del pueblo alemán, sino por efecto de la artillería aliada.

Si Wilson, se da el tono de un perdona vidas y habla, en nombre de la civilización y la democracia de aplastar al militarismo prusiano, es porque las meznadas de la entente quieren en realidad una acción de represalia contra el terrorismo teutón y el ejercicio de una implacable venganza.

Gobernantes y pueblos, se identifican en su idealismo autoritario. Unos y otros responden a un mismo fin de infinita torpeza y delincuencia.

Sienten, la misma loca jactancia cuando la suerte los acompaña en la lucha; el mismo temor y blandura, si le es desfavorable la partida. Fuertes los aliados, en camino de la victoria, riense del derecho y de la paz justa que antes habían proclamado en tiempos en que el porvenir era para ellos una incógnita; débiles los alemanes, reclaman la paz digna, la paz equitativa que en otra ocasión repudiaron diciendo, que la fuerza no puede tener otras leyes reguladoras que aquellas que ella misma dicta.

En realidad, unos y otros pueblos, unos y otros gobiernos, son pasta del mismo molde.

**En la cuarta página
va la resolución tomada
anoche por el
Comité Pro Pic-Nic a
beneficio total de nuestro
semanario.**

Fia en tí mismo...

No fies tanto en los otros cuanto en tí mismo.—No te pierdas en obra inútil de palabra, ni escribas las páginas mejores de tu vida en la movediza y cambiante arena.—El hombre, debe ser una viviente afirmación de progreso, un canto perenne a la lucha por lo mejor, la aspiración en camino de realidad triunfadora.—El que no fia en sí mismo, no vive su vida, no adelanta en su progreso un solo paso.—Por ello, aquel que no cultiva ideal de independencia en todos los órdenes y pone por encima de toda otra idea, la idea que quiere la superación del hombre, no cimienta su vida en buenos valores.

—Trabaja, pues, en tu obra.—Haz de ella la continuación de tu persona, infundiéndole el color y el mejor perfume de tu alma.—Habla al mundo por tus actos más que por tus palabras; por tus nobles y elevadas acciones como por lo que construyas en tus días.

Afirma tu paso hasta dejar una huella perenne, de él; pero huella de belleza, y de justicia.—Mas, no olvides también que cada hombre debe ser como tú te desees: libre y soberano de sí mismo.—Incítalo a que se mejore y se emancipe de tutelas extrañas. Que sea libre de todo imperativo colectivo, como independiente a toda tiranía individual. Libre de escuela, de tendencia y de partido. Libre y personal en arte, filosofía, trabajo y ciencia; en todos los planos de su actividad personal: en acción material como en pensamiento.

Tal es, al margen de todo cuanto es sistemático, el ideal de la anarquía.

El gregarismo

La opinión, de que la era nueva de la democracia ha llegado para el mundo, es una opinión negativa.

No hay por ahora nada de nuevo en ese sentido. No han aparecido distintos valores a los que eran dominantes en época anterior a la guerra.

Como entonces, sigue dominando el gregarismo en todas las manifestaciones de la actividad humana.

Por todas partes surgen fuerzas organizadas con fines de dominación. Unas, determinan la existencia de aquellas otras que se le enfrentan, haciendo ambas imposible la vida del libertario.

El mundo, está convertido en un juego de fuerzas, en una oposición de colectividades, y no de hombres.

En un orden universal, es un grupo de naciones que pretende dominar económica, política y militarmente, a otro conjunto de naciones. En lo interno del Estado, es la lucha feroz de los partidos políticos, la disputa económica del capitalismo y gremialismo, la porfiada pugna de las colectividades todas en un propósito específico de predominio y dominación.

En todos los planos en que se signifique una actividad, aparecen las fuerzas gregarias, y con ellas surgen como por arte mágico los anhelos de hegemonía, las torpes y malignas ansias directoras que no hacen otro bien que entorpecer los desenvolvimientos voluntarios, estorbar la iniciativa individual y perjudicar grandemente la obra de progreso.

En arte, se le impone al individuo un conjunto de cánones, de reglas, de preceptos de escuela. Solo aquellos que llegan a contener en sí el fulgor del genio, rompen los moldes viejos y afirman con vigor su personalidad.

En política, no se comprende al hombre independiente. El hombre libre, es necesariamente apolítico. Llévenle leyes, imposiciones, mandatos de toda naturaleza hasta convertirlo por fuerza en una partícula gregaria.

Si los gobernantes determinan, en nombre de la mejoría social, una guerra, el hombre bajo pena de la vida debe obedecer, es convertido de hecho en un esclavo.

En caso inverso para poder resistir a la tiranía gubernamental habrá de sumarse a la colectividad que milita en la oposición y, en cualquiera de los dos casos, el gregarismo será para él una certidumbre.

¿Qué debe hacer pues un hombre que anhela ser libre?..

Trabajar incansablemente por el progreso del hombre, en la certeza de que con ello va ganando terreno a libertad.

Cuanto más se mejore el hombre, en pensamiento y sentimiento, mayor será su anhelo de independencia, su adhesión al gregarismo.

El obrerismo Uruguayo

No hay duda alguna que los motivos fundamentales de la pobreza vital del gremialismo en nuestro medio, radican principalmente en la pasión dominante por cuestiones subalternas, como ser la política, el football y el box, y también las carreras de caballos.

La mentalidad de la parte más numerosa de la gran familia obrera, no sale de los límites que fijan esas pasiones y actividades, careciendo de ideas y conocimientos de todo orden y viviendo en plena indigencia espiritual.

Los elementos más capacitados, estréllanse sus denodados esfuerzos contra la indiferencia ambiente por la organización obrera y no son pocos los que se desalientan y vuelven en un todo pesimistas, suponiendo inútiles sus esfuerzos.

Sin embargo, esto no está justificado; principalmente si se comprende que la obra del progreso es infinita, y no es cosa que se haga hoy y obtenga éxito mañana.

Todo aquel que se ha especializado en la propaganda gremial y ha hecho de ella su modalidad específica, no puede abrir su alma a la decepción cuando los acontecimientos no son lo que él desea, ni los hombres responden como debieran a sus requerimientos de actividad social.

Los hombres y las cosas no siempre siguen un camino recto hacia lo mejor, y no hay por ello que desesperar del porvenir.

Cuando comprobamos que el mundo obrero no se preocupa como debiera de su organización para tomar en sus manos todas las cuestiones económicas, no vamos por ello a desanimarnos y suponer con desesperación que se perpetuarán los privilegios del capitalismo.

El progreso cúmplase no obstante sus resultados no sean siempre visibles.

Si hay actividad, hay progreso; por qué lo que no se gana en ex-

tención, se ganará en el sentido de profundidad.

Trabájese siempre y se verá cambiar el medio ambiente poco a poco alcanzando verdadera regeración.

El obrerismo uruguayo, si bien hoy es menguado y de una raquítica constitución, si se trabaja con amor en la buena obra de vigorizarlo, difundiendo conocimientos entre los trabajadores, se alcanzarán buenos frutos en días no lejanos.

Dictadura del proletariado

El concepto de la dictadura del proletariado, no tiene el valor que le dan las publicaciones burguesas.

Es la dictadura del trabajo, aquella dictadura que emana en cada hombre, del poder de la necesidad.

El mérito de la dictadura proletaria, se reduce a colocar a todos los hombres frente a esa necesidad.

No obligarán los obreros, por medio de la violencia, a los que no quieran ser tales, a que trabajen; dejarán que la necesidad de vivir determine a ellos, suprimiéndole aquellos recursos de explotación y despotismo de que disponen.

La dictadura obrera, se reduce en todos los casos a impedir que haya hombres que sigan utilizando en beneficio propio el esfuerzo de los demás, tal cual sucede en el régimen de la burguesía.

En ese sentido estamos en un todo de acuerdo con «la dictadura de hierro del proletariado», que debe atender especialmente a que no haya en el medio donde actúe una sola persona privilegiada que tenga a su servicio a otros seres humanos y pueda eximirse de las obligaciones de trabajo que le impone la conservación de su propia vida.

La dictadura proletaria es, en este caso, la dictadura de las necesidades vitales que obran en cada hombre como un imperativo irresistible de actividad, y que no es otra cosa en su fondo que un ejercicio de justicia.

Si los pueblos se orientaran por este camino progresivo, dejando no obstante a salvo de violencias la vida del hombre y pasando por arriba de las ideas políticas de todo orden que son cosas en absoluto secundarias a los fines de mejor vida y de justicia, la dictadura del proletariado se impone como necesaria.

Al fin de cuentas, es una dictadura que no es tal; es la fuerza de los que trabajan contra quienes abominando del trabajo y quieren vivir perennemente del trabajo de los otros, realizando una obra delincuente.

Y contra toda delincuencia, de arriba y de abajo estamos los anarquistas.

La tradición revolucionaria

Hay muchas tradiciones anacrónicas que los pueblos mismos se encargan de desecharlos como algo viejo e inservibles, siendo reemplazadas por nuevas concepciones de más concordancia con las leyes naturales, que vienen a marcar nuevos periodos evolutivos de la humanidad. Pero pueden expulsarse como medios de lucha para conquistar un átomo de libertad en el actual régimen, aquellas tradiciones que aún permanecen nuevas, como la acción revolucionaria? No. Ella des-

aparecerá cuando la actual sociedad capitalista sea transformada en un régimen, donde el hombre goze de todo el bienestar económico y de un grado superior de libertad, en donde no habrá necesidad de la violencia, quedando de hecho anulada esta.

El compañero Santiago Locacio dice: «pretender hoy pensar con el mismo criterio de Miguel Bakunin, es pretender ir hacia lo imposible, es exponerse al ridículo». Defender hoy la acción violenta, revolucionaria, no es ir hacia lo imposible, por cuando la clase dominante ejerce toda clase de violencia contra los dominados; ni es exponerse al ridículo, porque creemos al defender nuestras ideas, que ellas son de progreso y que hasta hoy los reaccionarios no han podido demostrarnos lo contrario.

Que hubo muchos anarquistas como Bakunin que creían, que la revolución social estaba muy próxima y que se hayan equivocado al pronosticarla, no quiere decir que ella no se producirá jamás.

El anhelo de muchos propagandistas era ver coronado, en un tiempo no lejano, por la victoria, el esfuerzo hecho en pró del ideal que ellos detendían. Si el mismo Bakunin existiese hoy, no diría que había incurrido en un error, y por el contrario, daría todo su esfuerzo para llevar a la práctica lo que él había propagado en teoría. ¿Cuanto le agradaría ver su sueño, el de muchos, realizado!

Si mantener la tradición revolucionaria es ir al suicidio y a la muerte ¿por qué no nos rebelamos ante el aniquilamiento de nuestras energías, lento pero seguro, que nos produce la muerte y que se lleva a cabo en los antros de explotación capitalista?

Kropotkin no ha prolongado la revolución hasta el infinito, sino que al estallar la revolución rusa, se fué allí, para vivir su época revolucionaria.

El Estado no va adquiriendo fuerza, tiene la que siempre ha tenido y hace prevalecer, que es la razón de la fuerza, o sea, los cañones y bayonetas.

Los transfugas del anarquismo, la mayoría de ellos, son por conveniencia mezquina, que se adaptan a un ambiente mediocre con tal de pasarla bien, otros por no haber podido comprender la grandiosidad del ideal.

Muchos han sido los resultados prácticos que ha dado la acción revolucionaria, por ejemplo: cuando una huelga adquiere caracteres violentos, los parásitos se atemorizan, cosa que no sucede si los trabajadores permanecen tranquilos, con los brazos cruzados. ¿Cuál es otra táctica que pueda reemplazar a la acción revolucionaria?

La juventud obrera y revolucionaria debe de insistir sobre esta táctica en los organismos obreros y hacer conciencia revolucionaria entre los adherentes. Hoy es una pequeña minoría revolucionaria. Para la lucha obrera la huelga es el mejor medio para las conquistas hasta hoy.

Hoy empiezan a registrarse grandes transformaciones sociales, tal como la llevada a la práctica en Rusia. Es la práctica que substituye a la teoría.

El compañero Lucacio dice: «Ya llegará la hecatombe! Mejor dicho,

a cada instante la hecatombe se nos presenta: una injusticia, una ofensa produce un estallido. Ese estallido es una hecatombe». Y si la hecatombe, o sea la revolución, se producirá inevitablemente, ¿por qué permanecer tranquilos, dando por nula la táctica revolucionaria, por cuando es el pueblo, los anarquistas que tomarán parte activa en la lucha? Lejos de anular la tradición revolucionaria, ella se hace más imprescindible, ella debe de ser más propagada, con mayor ahínco, para que los acontecimientos no nos tomen desprevenidos. El pueblo ruso fué el primero que salió con las armas en las manos, para posesionarse de lo que le corresponde a los proletarios y de conquistar su libertad negada por una dinastía sanguinaria. Si la violencia es necesaria, la tradición revolucionaria todavía es nueva, porque recién dará sus frutos.

Que la guerra social es criminosa; es verdad. Ella, a la par que todos los sacrificios, necesitan víctimas. Muchas son las víctimas caídas en holocausto al ideal anarquista; mucha sangre proletaria ha corrido por las grandes avenidas; muchos son los cuerpos que pendieron de las horcas y ellos son los que forman la tradición revolucionaria. ¿Han caído inútilmente? No. Ellos han sido granos de arena que cayeron para levantar los cimientos de la sociedad futura.

Para eso la tradición revolucionaria es imborrable, mientras no desaparezca este régimen carcomido y anacrónico, basamentado sobre la desigualdad social.

¿Tal es nuestra tradición revolucionaria.

Clarín Libertario.

La tradición revolucionaria y la anarquía

Escribir sobre una tradición revolucionaria, es torpeza. Porque toda tradición es reaccionaria, puesto que preconiza una acción que ya fué propagada o ejecutada en el pasado.

Toda tradición mira hacia atrás, y tiene atributos en la imitación y en la conservación.

Desde un punto de vista anarquista, todo cuanto es pasado y llega a nosotros en un sentido tradicional, es negado como virtual de la idea.

Podemos, los hombres de hoy, coincidir en muchos puntos con Bakunin y Kropotkin. Pero coincidir, no significa adaptarse a los dictados de aquellos pensadores, ni conservar como una tradición sus postulados revolucionarios.

Si nosotros hallamos algo mejor y más práctico para la realización de nuestras aspiraciones, no vamos a persistir en imitar fielmente en forma servil los modos de acción revolucionaria y los fundamentos ideológicos de esos u otros pensadores anarquistas.

En realidad, toda acción que se efectúa en un sentido nuevo, es antitradicional; como toda acción reaccionaria, es en todos los casos, tradicionalista.

Generalmente, una revolución no puede ser tradicionalista; salvo, naturalmente, cuando esa revolución tiene un carácter meramente político.

Las revoluciones que se originan por causas de un mayor progreso, son en realidad conflictos entre dos fuerzas: la fuerza de conservación y la fuerza innovadora o progresiva; son revoluciones que en la mayoría de los casos no responden a un proceso voluntario ni al fenómeno de imitación, estando descartado de ellas todo cuanto tiene aspecto tradicional; son conflictos que se originan fatalmente en virtud de los factores o fuerzas en juego y de sus relaciones reciprocas.

Dicho en otros términos: si somos revolucionarios los anarquistas, no es por la razón de que otros que así se llamaban, también lo eran; ni es tampoco, porque Kropotkin y Bakunin, hayan opinado que la revolución era necesaria.

Las revoluciones, siendo como son fenómenos de orden colectivo, no responden a los impulsos de una sola tendencia y si a múltiples causas, en las cuales, directa o indirectamente, colaboran y participan todas las ideas y fuerzas de la sociedad.

Demuestran una ignorancia completa de los problemas sociales, aquellos que hacen descender a la revolución desde su rango de conflicto vital del progreso, hasta un limitado concepto sistemático.

Tan torpes son, los que nos hablan de la revolución en un sentido tradicional, como aquellos otros que la critican y niegan sistemáticamente.

La revolución, como hemos dicho, es un conflicto real entre las fuerzas que pugnan por conservar el mundo tal cual es, y aquellas otras que trabajan por modificarlo.

La revolución, es el choque inevitable y por lo tanto fatal a que llegan las tendencias y fuerzas en pugna en todos los órdenes de la vida.

Hablar de una tradición revolucionaria y de una tradición que se fundamenta en los mártires, en «los cuerpos» que pendieron de las horcas, es la mayor de cuantas atrocidades se han podido sustentar en nombre de las ideas anarquistas.

Deseamos pues que se critiquen y combatan los procedimientos fijos, las fórmulas de lucha que ciertos espíritus inmutables pretenden conservar fielmente y propagarlas en sentido de una simple imitación.

Nosotros hace ya mucho tiempo que consideramos como mejor seguir una ruta propia, la cual puede o no coincidir con las rutas fijadas por otros, que han sido o que aún son, en el campo de las ideas.

Conviene repetir aquí, lo que se decía en un artículo titulado «Los Simplistas», en el número 103 de EL HOMBRE.

«Los tiempos que vivimos son otros que los tiempos de la Internacional. Y siendo otros, otros también son los problemas que se le presentan al anarquismo»...

A problemas distintos, otras tácticas y procedimientos...

¿Dónde queda lugar, pues, para la tradición?...

José Tato Lorenzo.

COMPOSICIÓN

LAS VIOLETAS

¡Violetas! Dulces violetas, compañeras de mis sueños juveniles; sois mi flor predilecta, ¿por qué?... casi no se decirlo.

Vosotras sois, lo que deben ser

las niñas; poseéis unas cualidades hermosísimas que se mezclan con vuestra belleza; bondad, modestia, todo se halla en vosotras.

Estáis silenciosas; escondidas del bullicio que hay alrededor vuestro; hasta que una mano ávida de vuestros encantos, os corta y lleva, unas veces a la regia morada de una reina, y otras, a la humilde choza del labrador.

En todas partes evocáis recuerdos; mientras que vosotras sencillas y ruborizadas, os halláis, en el jarrón, gentiles como siempre, si, pero sin orgullo.

Sois un rayo de luz en una habitación. ¡Y que poco duráis! ¡Si! ¡Su autor sabe que el hechizo de lo bello, estriba más que en la belleza en durar poco!

Violeta Berdes

11 años, Escuela de 2.º Grado n.º 14

El gusto de la autoridad

En cada hombre que piensa y siente en sentido colectivo, hay un espíritu conquistador y que gusta de la autoridad y el despotismo para los demás, pero no para sí mismo.

Un patriota anhela que su país se eleve por sobre los otros pueblos, los conquiste de grado o por fuerza y les imponga sus métodos políticos, legislación, arte, industria y hasta su cultura, que él juzga siempre como la mejor.

Un socialista, no reconoce otra valoridad que la contenida en su doctrina social, y por imponerla pugna con toda su fuerza en una guerra sin cuartel contra las otras doctrinas y fuerzas organizadas.

El patriota y el socialista, hablan bien de la libertad no obstante ser en su fondo unos perfectos despotas; sus ideas son las mejores, las únicas que tienen razón de existir, consideran lógico todo esfuerzo en el sentido de imponerlas por grado o por fuerza.

El mundo se debate en ese círculo de imposiciones en todos los órdenes.

En nombre de la verdad, los mentirosos triunfan e imperan; en nombre de la libertad del pueblo, se consolidan verdaderas oligarquías despoticas.

El afán impositivo domina en todos los hombres de ideas colectivas; en los adeptos del sistema social, como los más fervidos nacionalistas. Es un mal que aún no tiene remedio conocido.

Algunos entre los mismos anarquistas, nos hablan de venganzas y justifican tiranías en nombre de la libertad y la justicia. Aparece en ellos también el microbio de la violencia, olvidando aquella sabia definición de Bakunin que, refiriéndose a la autoridad, dice: «Hasta cuando manda lo bueno, le quita su valor por lo mismo que lo manda, pues todo mandato impositivo hiere en el rostro a la libertad: desde el momento que se manda impositivamente lo bueno, se cambia en malo para la moral verdadera, es decir para la moral humana, aunque acaso no para la divina, se cambia en malo para la libertad y la dignidad humana; pues la libertad, la moralidad y la dignidad humana, consisten justamente en hacer el bien, no ya porque a uno se lo manden, sino porque se reconoce, se quiere y se ama como bien».

Esta lógica de buena ley, que proclama la conciencia como base de toda acción de un hombre o de muchos hombres, y condena todo mandato e imposición de uno o de muchos aun siendo para el bien, es una verdadera afirmación anarquista, en contraposición con ese anarquismo inspirado en el odio de clase y oliendo a candillismo y a dictadura como el maximalismo ruso que tanto glorifican y ensalzan hoy día todos aquellos que son libertarios; solamente donde no pueden ser dictadores.

El gusto de ejercer autoridad sobre los demás, es una cualidad del hombre, difícil de anular; y ella alcanza a peribirse en multitud de detalles en los mismos que hacen uso y abuso de la palabra libertad y se llaman anarquistas.

Cada día se evidencia pues, con más precisión la necesidad del radicalismo individualista, que no admite bajo ningún concepto, ni temporal ni utilitario, el derecho de imposición; ora se realice en nombre de un ideal colectivo o por el capricho de un solo hombre.

Puntos de vista

LA FUERZA DE LA OBRA

Por asteismo se ha dado en intitular «Lo transcendental», a la fuerza intelectual que propulsa el avance de la Acracia.

Tratar de imponer señalando como únicos factores de «inmediata acción libertaria», a esos procedimientos contaminados de gritos y de pólvora, es la acción positiva del fulanismo en boga; es el hecho del candillaje. Las revoluciones no se forman ni estallan ni triunfan con la sola acción del puño, ya que estos son una fuerza secundaria. La naturaleza mental ha engendrado el embrion de la revolución futura, y continúa su gestación con la prédica incansable personificada en la carrera de la renovación intelectual.

No se renova lo establecido con sólo mostrar los dientes... Como tampoco se puede destruir la actual roña social, sin haber formado la conciencia tóxica de un mejor estado social.

Sugestionar. Poner en rotación la fuerza popular con incentivos paradojales, es un daño colectivo producido por ineptitud de la sabiduría absurda, incapaz de manipular el dinamismo de la masa arrolladora, que, en su ciega fiera puede ejecutar a sus redentores...

El preludio anárquico no se enuncia en el espíritu amoroso, se operó en la actividad mental que viene cumpliendo su designio temporal e indestructible. Nuestra causa es una epopeya macisa, fruto del raciocinio exelso y puro. Y, es demasiado enorme para tener cabida en su integridad total, en un movimiento subversivo cualquiera, aún cuando estas son las manifestaciones de su desarrollo, pero no la cúspide de su victoria.

ABELARDO ESPINOSA

Chile.

Para todo lo relacionado con nuestro semanario en la República Argentina, diríjanse a nuestro agente: Francisco Elorza, Piedras 1348.

Suspensión del Pic-Nic

El Comité organizador del Pic-Nic pro EL HOMBRE, en vista de la extensividad de la gripe, que tiene postrados a la mayoría de los simpatizantes de nuestro periódico, resuelve suspender la realización del Pic-Nic hasta que mejoren las condiciones sanitarias de la población.

Si en el curso de la presente semana, el mal decrece, la fiesta familiar para la cual tanto entusiasmo había, se realizará el domingo 10 de Noviembre. En caso contrario, se aplazará su realización hasta mejor oportunidad.

En ambos casos, el Comité avisará oportunamente por intermedio de nuestro periódico y la prensa burguesa.

La recepción de objetos para el Bazar-rifa continua, lo mismo, los trabajos pro pic-nic, a fin de mejorar y ampliar cuanto había proyectado.

El comité organizador.

Una confesión digna de leerse

Victor M. Carrió publicó esta semana en un diario de la capital una biografía del hidalgo español Manco Sierra de Leguizamo que tuvo trágica participación en las luchas de la conquista del Imperio de los Incas.

Extractamos del relato la confesión que, arrepentido, escribió antes de morir aquel súbdito del catolicismo rey Felipe II.

En este «documento humano», como lo llama Carrió, están patentes las intenciones de rapiña y bandaje que informaron las famosas colonizaciones españolas, empresas de lucro y de saqueo emprendidas para enriquecer a los «nobles» arruinados por los vicios de la época.

Con tal de saciar su voracidad y la de sus secuaces, una civilización en pleno florecimiento, una organización social, muy superior a la europea, que beneficiaba a miles de hombres, hombres honrados y felices, no tuvo valor alguno para aquel reinado que patrocinaba la conquista.

Es un caso de la obra extorsiva y aniquiladora de los gobiernos que pretextan intervenciones y proteccionados para satisfacer sus ambiciones de riqueza y acallar el grito de una burocracia numerosa y creciente que hace más y más pequeño el botín de los que mandan.

He aquí la confesión que nos ocupa:

«Primeramente, antes de empezar el dicho mi testamento,—dice,—declaro que ha muchos años que yo he deseado tener orden de advenir a la católica real magestad del rey Don Felipe, nuestro señor, por lo que toca al descargo de mi alma la causa de haber sido yo mucha parte en el descubrimiento y conquista y población de estos reinos, cuando los quitamos a los que eran Inca, que entienda S. M. que hallamos estos reinos de tal manera que en todos ellos no había un ladrón, ni hombre vicioso, ni holgazán, ni había mujer adúltera, ni mala: ni se permitía entre ellos ni gente mala vivir en lo moral y que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas. Y que las

tierras y montes y minas y pastos y caza y maderas y todo género de aprovechamiento estaba gobernado y repartido de suerte que cada uno conocía y tenía sus haciendas sin que otro ninguno se la ocupase y tomase, ni sobre ellos había pleitos. Y que entienda S. M. Católica que el intento que me mueve hacer esta relación es por descargo de mi conciencia y por hallarme culpado de ello; pues habemos convertido gente de tanto gobierno, como eran esos naturales y tan quitados de cometer delitos, así hombres como mujeres, tanto que cualquier indio que tenía cien mil pesos de oro y plata en su casa, y más indios, la dejaba abierta, puesta una escoba o palo pequeño atravesado en la puerta para señal de que no estaba allí el dueño y con esto, según su costumbre no podía entrar nadie adentro. Y cuando ellos vieron que nosotros poníamos puertas y llaves en nuestras casas entendieron que era de miedo a ellos, y cuando vieron que había entre nosotros ladrones y hombres que incitaban al pecado a hijas y mujeres nos tuvieron en bien poco; y habiendo venido este Reino a tal rotura en ofensa de Dios, entre los naturales por el mal ejemplo que le hemos dado y requiere remedio y esto toca a S. M. y en cuanto no lo pusiere corre de su real conciencia y la mía y la de los que descubrimos y poblamos; demás de lo cual aquellos eran reyes y señores y tan obedecidos y de tanto gobierno, como eran los Incas, han venido ellos y sus sucesores a que su necesidad y pobreza es tanta que ellos son los más pobres del reino, y tan solo esto, pero aún los quieren obligar a que nos sirvan en cosas tan bajas como descargar y llevar cargas de unas partes a otras, a que limpien y barran nuestras casas y lleven basuras por esas calles cargados a los muladares y otras cosas más bajas. Advierto a S. M. que no soy parte para más remedio del daño; y con esto suplico a Dios me perdone mi culpa, que es la ocasión de ello; yo confieso que la tuve y tengo y me mueve a decirlo, por ver que soy el postrero que muere de todos los conquistadores que como es notorio, ya no hay ninguno, sino yo en este reino, ni fuera del de todos los que a ellos vinimos; y pues en esto entiendo que he descargado mi conciencia.»

Julia Arévalo

«Con la sinceridad del *convencido*», vuelve Julia Arévalo al redil de la disciplina partidaria.

Confiesa que cometió un error al separarse del Partido. Que a ello le llevó un apasionamiento momentáneo. Que lo hizo sin meditación, bajo la influencia de una de esas rachas de impresionabilidad tan comunes en su sexo, ante el espectáculo poco edificante «de disidencias entre compañeros y claudicaciones de otros que fueron lumbreras dentro del socialismo internacional».

Vuelve Julia al lugar, donde según ella, no debía haber salido; pues, que según dice, si bien ha estado alejada con el cerebro del socialismo, no lo estuvo con el corazón.

¿Dónde había estado el cerebro de Julia durante el tiempo que lo tuvo alejado del socialismo? Con nosotros, apesar de artículos que

escribió a medias, no ha estado, puesto que ella misma confiesa que el anarquismo se le presentó obscuro y caótico, es decir que no lo ha entendido.

Es verdaderamente triste que una persona se declare partidaria de una idea, que permanecía siendo para ella según dice lo que era antes cuando se proclamaba su adversaria, y en nombre de la misma haya hablado y ponderado por todo lo alto sus valores.

Es doloroso tener que decirle que su histerismo le hace decir desatinos, pues desatino grande es abrazar un ideal sin estudiarlo, propagarlo sin antes sentirlo y comprenderlo.

Esta confesión de la Arévalo, indica la poca seriedad de sus decisiones y la ausencia de sinceridad en sus actos, pues que según confiesa, por irreflexión y hasta por capricho simuló ideas que no tenía y propagó durante meses lo que le resultaba *caótico y obscuro*...

Charlas risueñas

Para hacer la felicidad de los pueblos, se necesitan buenos gobiernos; parásitos, que se pasan la vida comiendo opíparamente, mientras los imbéciles trabajan y producen.

No se concibe la felicidad sin que haya un gobierno que la dicte; como no podemos los hombres ser buenos, si no nos obligan por la fuerza a ello, o nos lo ordena la ley.

Entender así las cosas, es demostrar una maravillosa inteligencia, es el sumun de la imbecilidad elevada a la categoría de suprema sabiduría.

Si no hay un gobierno que ordene las cosas ¿cómo diablo los van a ordenar los hombres? ¿Quién va a tener un interés propio para ordenarlas y se va a preocupar en ello?...

Esta es la lógica de Monestier, el excelente católico de la U. O. D.

Si no hubiera sacerdotes en el mundo, almas virtuosas y santas por la razón misma de la función divina que realizan en la tierra ¿quién cuidaría de los leprosos en los lazaretos que existen en ciertas regiones del mundo? Si no fueran todavía realidad los ideales de la caridad cristiana y, la moral católica no impera soberana en el mundo ¿cómo diablo podríamos gozar del delicioso espectáculo de la guerra actual, recrear nuestro espíritu con el relato de aquellas otras luchas que hubo en el pasado y revivir las persecuciones de los creyentes a los no creyentes y viceversa, en un derroche de santa y admirable crueldad?

¿Quiénes convertirían a los infieles al progreso, es decir al catolicismo, si no existieran esos buenos frailes tan inteligentes como fanáticos, que van al Centro del Africa y a la India en tren de redención y explotación?...

¿Qué sería del mundo, si todos los hombres se casaran? ¿No está demostrado ya, por las estadísticas, de que se debe en gran parte al celibato ese hermoso espíritu de sacrificio que tienen los sacerdotes?

En la India, dice el santo padre Monestier, los sacerdotes anglicanos que como se sabe son casados, en

cuanto se manifiesta una epidemia huyen; en cambio los sacerdotes católicos, por el hecho de que son solteros son menos egoístas y se quedan. Ergo: el celibato es una virtud, es un factor de altruismo...

Convencimos, quedamos de ello. Pero, por qué la mayoría de los delinquentes también son católicos?...

Que haya curas, monjas, y frailes por toda la vida, para que Monestier sea servido y tenido por bien contento por los siglos de los siglos, está bien; pero lo que no se explica es, que tanto varón virtuoso, es decir tanto católico, pueda transformarse de la noche a la mañana en criminal, sin dejar por eso ni en lo más mínimo sus santos y virtuosas creencias.

Eso sí, que merece una explicación.

BONAFOUX

La prensa burguesa anuncia que murió Bonafoux.

Es una gran figura de las letras que desaparece.

Muchas testas coronadas, se alegrarán al saberlo.

Bonafoux, cultivó siempre la sinceridad.

Todos los perseguidos por el despotismo hallaron en él un hermano leal.

Muere en su ley, fiel a la causa de los avanzados, en la causa de la justicia.

DICIVO

Este bravo muchacho y buen compañero, padece todavía en la Correccional.

Un infame complot urdido contra él, tiene la perspectiva de hundirlo en la cárcel.

Los compañeros hacen lo posible por arrancarlo de allí; pero está duro de pelar.

Unos testigos falsos adiestrados por los sicarios han servido de motivo *legal* para su acusación.

Dicivo, es una víctima de la autoridad, que hay que arrebatarse de sus manos.

El picnic de "El Hombre" debe ser un exponente de la cultura anarquista.

Agrupación Rusia Libre

La agrupación que suscribe cumple con el deber de participarle que la edición del toleto de Malatesta, «Entre Campesinos», ha sido entregado a las cajas.

El precio del millar de ejemplares es el de \$ 16. 50 oro, además el gasto del franqueo en el interior y exterior.

Siendo que las exigencias de la imprenta no admiten demoras en el cobro, esta agrupación se ve obligada a no remitir ningún pedido de folletos que no venga acompañado del dinero correspondiente. Esperamos de Vds. pronta respuesta para regularizar el tiraje.

Por la agrupación «Rusia Libre», F. Barberá, Secretario.